

tre los defensores del Plan de Tuxtepec y al triunfo de éste, proclamó una revolución contra el general Díaz.—Hizo una expedición al través de los desiertos de California que fué el asombro del país; derrotado en Sonora fué desterrado á los Estados Unidos y regresó para morir en México por el año de 1890. Uno de los hombres de mayor popularidad y prestigio que ha habido en Sinaloa; soldado muy inteligente, buen gobernante y escritor público, aunque de un carácter extravagante y caballeresco.

Agustina Ramirez de Rodríguez.—Una de las heroínas más populares que ha habido en la República. Más grande que la Corregidora de Querétaro y que María Vicario, por que sacrificó algo más que ellas en aras de la patria. Era hija de Tequila, Jalisco, y perdió á su marido don Severiano Rodríguez en el asalto y toma de Mazatlán por las fuerzas republicanas en abril de 1859. Le dejó su esposo trece hijos varones de los cuales murieron doce en la guerra de intervención.—Buscaba Agustina Ramirez un nombre glorioso en la historia de México para sus hijos ó una muerte digna en los campos de batalla. ¡Todo lo encontraron! En efecto, la invasión francesa, á semejanza de terrible cáncer, cundió por las entrañas de toda la República; cada mexicano se tornó en soldado, y de los labios de nuestros compatriotas no salían sino palabras de indignación, de venganza y de exterminio.

Viendo Agustina Ramirez las cadenas que iban á sujetar á los mexicanos, va personalmente á presentar al ejército á sus doce hijos, para que combatieran en pro de la libertad nacional, y la misma heroína les sigue al teatro de los combates, para atenderles en la hora suprema de la

lucha. La ilustre matrona se instala en el sitio donde estaba colocado el asta bandera del hospital de sangre, y allí recibía, ora un hijo herido, ora uno moribundo, ora el cadáver de otro, con esa serenidad sublime, y con esa fe inquebrantable de la mujer que tiene conciencia de lo que vale la Patria, y de los sacrificios á que ella es acreedora.....

Hay rasgos de tal manera brillantes y conmovedores en la vida de Agustina Ramirez, que no podemos menos que dar á conocerlos, pues dos de ellos bastan para revelar el carácter y la energía de la heroína sinaloense.

En alguno de los encuentros con los invasores, uno de los hijos de Agustina Ramirez sucumbió como valiente soldado. Dos hermanos de aquel, llevaron su cadáver al punto donde creyeron encontrar á la madre. Agustina recibió en sus brazos á su hijo muerto, le besó repetidas veces, con amor inmenso de madre, y en seguida, señalando á los conductores el campo de batalla, les dijo:

—“Y ahora, cada cual á cumplir con su deber! El mío es dar sepultura á mi hijo, y el de ustedes seguir siempre defendiendo á su patria!”

Otra vez, otro hijo de la Ramirez se separó sin licencia del ejército. Supo Agustina que aquel hijo había tomado rumbo á Ajoja, en el Distrito de San Ignacio, Sinaloa, y se puso en el acto en camino. Encontró al extraviado, y volviendo con él al teatro de la guerra, púsolo á disposición del Sr. general Corona, con estas palabras:

—“Señor, aquí tiene usted este mozo, es un desertor.”

En seguida dirigiéndose al desertor, le dijo:

—“Mira, acuérdate de lo que te digo hoy delante del ge-

neral: si otra vez vuelves á desertar, haciendo traición á tu patria, has cuenta que tu madre ha muerto: á nadie digas que eres mi hijo, ni te pongas jamás en mi presencia."

Después que los franceses abandonaron el territorio nacional, y que la República se inmortalizó en Querétaro, escribiendo por las edades la tragedia del *Cerro de las Campanas*, *Agustina Ramírez* había perdido once hijos, y sólo pidió al gobierno que el último que quedaba vivo, se separara del ejército para que la acompañara y fuera el báculo de su vejez. (1)

En Sinaloa se distinguieron además Procopio Valdéz por los importantes servicios que prestó en el Sur del Estado á las fuerzas liberales y Concepción Valdéz de quien hemos tenido oportunidad de hablar en las páginas anteriores.

Ramón Corona.—Prestó sin duda alguna grandes servicios á la patria. En Sinaloa luchó heroicamente en defensa de la Reforma y de la República. Su nombre á pasado ya á sus postereros envuelto en una brillante aureola.

"El general Corona nació en un pueblo del Sur de Jalisco el año de 1837, siendo hijo de personas de humilde origen y de mediana posesión social. Poco ó nada intere-

[1] Esta solicitud tan justa fué concedida sin vacilación. El Gral. Corona con fecha 8 de diciembre de 1866, mandó dar una mesada á Agustina Ramírez.—La Legislatura de Sinaloa, hizo igual cosa en octubre de 1868, á petición de los señores diputados Celso Gaxiola y Aurelio Ibarra. La Cámara de la Unión, imitando el ejemplo del Congreso de Sinaloa, hizo otro tanto 14 años más tarde, y cuando llegó á Mazatlán la orden de ese pago, la ilustre heroína había muerto en la desgracia y la miseria.

santes son los primeros años de su vida, para que nos detengamos á hacer de ellos una relación detallada; baste saber que en 1858 se encontraba en el Real de Motaje, que está situado al pie de la Sierra de Acaponeta, cerca de los límites del Estado de Sinaloa y del hoy Territorio de Tepic. Residía el general Corona en aquellas apartadas comarcas, dedicado á la administración de unos negocios de minas de que eran propietarios don Juan Antonio Aguirre y don Jesús Gómez Cuervo.

Los ecos del cañón de la Reforma habían llegado hasta aquellas occidentales regiones, donde ejercía un poder despótico, en nombre del partido conservador, un personaje tristemente célebre, y que por una de esas complicaciones tan frecuentes en las guerras civiles, se había transformado de salteador de caminos en general de la reacción, á cuyo servicio había puesto el prestigio adquirido por una serie de crímenes que hacen estremecer de horror é indignación."

Triunfante la revolución proclamada en Ayutla y electo Presidente de la República el general Comonfort, parecía que la nación caminaría pacíficamente hasta conquistar estabilidad y entrar por la vía regeneradora del progreso; pero el golpe de Estado del 11 de diciembre de 1857 y el escandaloso pronunciamiento del general Zuñiga en Tacubaya, proclamando el *Plan de Religión y Fueros*, encendieron de nuevo la discordia civil, y cada uno de los partidos beligerantes enarboló su bandera política.

A mediados de 1858 los excesos de Lozada y los reaccionarios en Jalisco, se hacían ya insoportables, y los

hombres honrados se propusieron poner término á aquellos escándalos. Corona fué de los primeros que intentaron lanzarse á un combate desigual, pero don José María Villanueva, como persona de experiencia y de edad, le indicó que no precipitara los acontecimientos.

La ocupación de Guadalajara por el general Degollado y el pronunciamiento del coronel Pablo Lagarma en Mazatlán por el orden constitucional, obligaron á Corona á realizar sus proyectos. En efecto, á las once de la noche del 17 de noviembre de 1858, se pronunció cerca de Acajoneta, y ocupó esta plaza una hora después, sin que los 18 hombres que la defendían opusieran la más leve resistencia. El comandante Domingo Barrón secundó en Tuxpam este movimiento y se incorporó con su gente á los soldados de Corona, formando la una y los otros un batallón que se denominó "Libres de Motaje."

Pronto principió la fortuna á serles adversa á los pronunciados, pues á fines de noviembre fueron derrotados en el pueblo de la Concepción por un piquete de fuerza que desde Tepic había salido á perseguirles. Corona estaba entonces en el Huisachal, curándose de unas intermitentes que le habían atacado, pero apenas llegó á su conocimiento el desastre de la Concepción, se puso en marcha para el Rosario, población del Estado de Sinaloa, donde encontró á Villanueva reorganizando los elementos que habían quedado después de la derrota.

Allí supieron—dice un escritor—que el enemigo había abusado cruelmente de su triunfo, fusilando al sargento primero Doroteo López y á otros dos soldados. López murió con un valor extraordinario, dirigiendo palabras de

energía á los demás prisioneros, excitándolos á que no desmayaran en la defensa de la libertad y manifestando la esperanza de que su sangre sería pronto vengada. Esta noticia causó en el campo liberal una profunda impresión, incendiando en los pechos aquella sed de represalias, que convirtió la guerra en combate encarnizado, sin cuartel y sin misericordia."

Corona y Villanueva se encontraban en el Estado de Sinaloa, cuya capital, que era Mazatlán, estaba ocupada por las fuerzas reaccionarias á las órdenes del general Espejo, y sufriendo en aquellos momentos el sitio que le habían puesto los coroneles Legarma, Vega y Meza, el primero de los cuales, como antes digimos, se había pronunciado por el orden constitucional. Los 50 hombres que componían las compañías "Libres de Motaje" se movieron del Rosario para incorporarse con Lagarma, quien no quiso utilizarlos, pues los mandó á la Isla de la Piedra á las órdenes del comandante Inda. Corona tuvo con este jefe algunas dificultades, y tanto por esa circunstancia, cuanto porque desesperaba del triunfo de los sitiadores de Mazatlán, se internó de nuevo al Norte de Jalisco, con el fin de extender la revolución y de buscar adictos á la causa de la Reforma, que había abrazado con la fé y el entusiasmo con que se abrazan á temprana edad todas las ideas y todos los sentimientos nobles.

Al separarse de los sitiadores de Mazatlán los caudillos del Motaje,—que eran ya entonces en aquellos pueblos una entidad militar y una esperanza de triunfo para la causa liberal,—se dirigieron á la frontera de Sinaloa con Jalisco (hoy Territorio de Tepic), y antes de trasponer la

raya divisoria, supieron en Escuinapa, pueblo situado al S. E. del Rosario, que se encontraba en Acaponeta el Obispo de Guadalajara don Pedro Espinosa, acompañado de doscientos hombres, con quienes había salido de la capital de Jalisco, antes de que el general don Santos Degollado tomara aquella plaza, y por el temor natural de que le persiguieran los liberales, pues había sido un elemento poderoso para la reacción, á la que protegió con su prestigio, dinero y relaciones, cooperando á los reveses que por esa época acababan de sufrir los defensores de la Reforma.

El teniente 2° don Ramón Corona y su jefe Villanueva proyectaron sorprender y apoderarse del Obispo Espinosa, y al efecto combinaron el siguiente proyecto: Lora con veinte hombres batiría la escolta del Obispo, se apoderaría de él y le sacaría fuera de Acaponeta; Alemán y Ledón, con igual número de soldados respectivamente, ocuparían dos de las alturas principales de aquella población, y los Corona (don Trinidad y don Ramón) formarían la reserva con sus caballerías y circundarían á los enemigos. Este plan fué combinado bajo la sombra de un árbol, cerca del pueblo del Caimán, después de que Romero había defecionado y Villanueva dejado el mando á Corona. Los reaccionarios vivían tranquilos creyendo que aquellas divisiones y trastornos en el campo liberal, llevarían pronto á la ruina á aquel puñado de valientes.

Pero grande fué la sorpresa de los conservadores, cuando por una indiscreción femenil supo el Obispo que serían batidos dentro de breves instantes, y que era seguro que los liberales realizarían sus sencillos, pero bien combinados proyectos. El Sr. Espinosa suspendió las confirmacio-

nes que, á las once de la noche, estaba administrando en la Iglesia parroquial, y después de poner al coronel Garrido en conocimiento de lo que pasaba, abandonó la población á las altas horas de la noche, dirigiéndose rumbo á Santiago

Eran las tres de la mañana cuando Corona estaba ya á media legua de distancia de Acaponeta; pasó revista á su tropa, le repitió el plan de ataque, y desde luego Lora tomó el mandó de la vanguardia que avanzó hacia la población; pero recibió un rudo é inesperado ataque de las caballerías reaccionarias, que estaban preparadas para detener el paso á los liberales. Lora resistió victorioso aquella sorpresa, y apoyado por los dragones de don Trinidad Corona, hizo retroceder á sus adversarios hasta cerca de la plaza principal del pueblo. Mientras esto tenía lugar, las infanterías habían asaltado ya por sus respectivos puntos, y continuaban batiéndose con los enemigos que habían abandonado sus posiciones y su parque, el cual sirvió á las fuerzas de Corona para dar el último ataque, pues de lo contrario hubieran tenido necesidad de hacer una honrosa retirada, por falta de pólvora y proyectiles.

Al despertar la aurora, ya sólo se defendía el coronel Garrido, que era el jefe de la plaza; pero á las ocho de la mañana se rindió á discreción, y fué tomado prisionero por los liberales, que conquistaron con este triunfo mil elementos de guerra, que les pusieron en aptitud de proseguir con vigor la campaña y de impulsar la causa que estaban defendiendo con éxito tan brillante.

Por una desgracia bien lamentable, los soldados, con

la ebriedad de la victoria, cometieron algunos excesos, entre ellos la destrucción y saqueo de la casa de la persona que ejercía en Acaponeta la autoridad política en nombre del partido conservador. Con estos acontecimientos se despidió el año de 1858.

Por aquellos días la fortuna había sido adversa á las fuerzas liberales, pues derrotadas en Ahualulco, destrozadas en San Joaquín por Miramón y en Ocotillo por los jefes lozadeños, parecía que la nave de la Reforma tendería que naufragar irremediamente. En aquellas circunstancias se le envió á Corona, desde Tepic, un indulto amplio, que le había conseguido el Sr. Gómez Cuervo, á quien el caudillo republicano respetaba como á un padre; pero rehusó con energía aquella gracia, de la misma manera que la había rehusado el bravo paladín insurgente José María Morelos, cuando Calleja se la proponía. Corona estaba engreído con la victoria que acababa de conquistar y con la causa que defendía; presentía, quizá, que llegaría á ser un héroe, y por eso se resolvió á morir ó vencer, siendo siempre fiel á su bandera.

Entre tanto se verificaban estos sucesos, supo Corona que el general Pérez Gómez marchaba de Tepic sobre Mazatlán, y tuvo necesidad de abandonar á Acaponeta, dirigiéndose á Sinaloa con el objeto de unirse á las fuerzas liberales.

Ya conoce el lector el participio que después tomó el general Corona en todos los acontecimientos que siguieron al sitio de Mazatlán. Tocóle á este jefe republicano ocupar á Mazatlán después de la retirada de los franceses, sofocar un movimiento político en favor del general Mar-

tínez y vencer á Lozada en la batalla de la Mojonera. Fué Ministro Plenipotenciario en España durante muchos años, y habiendo sido electo gobernador de Jalisco á su regreso á la patria, murió infamemente asesinado por un infeliz, Primitivo Rom, en la ciudad de Guadalajara el 11 de noviembre de 1889. Sinaloa le decretó honores póstumos á raíz de su trágica muerte.

Domingo Rubí.—De operario en la mina de Pánuco, logró llegar hasta general del ejército y gobernador de Sinaloa.—Su vida es rica en acciones heroicas y tiene una brillante carrera militar. Su biografía puede hacerse con sólo leer este libro donde se registran todos sus hechos de armas. En el gobierno del Estado no desplegó dotes como político, pero su administración se ha singularizado en Sinaloa por la honradez con que se manejaron los caudales públicos. Vive aún en un pueblo llamado El Verde, y fecunda ahora con el sudor de su frente la tierra que antes regara con su sangre generosa. Es un Cincinnati.

Jorge García Granados.—Hijo de Mazatlán y uno de los soldados más valientes y audaces de cuantos han figurado en Sinaloa. Después de concurrir á las principales acciones de guerra durante la reforma y la intervención, y siendo ya coronel, acaudilló en compañía de Palacios y Paz una revolución contra el general Rubí y á favor del general Angel Martínez. Derrotados en Villa Unión, siguieron su campaña á favor de la candidatura del general Díaz, hasta que fué muerto en una acción de guerra en el Estado de Jalisco por las fuerzas federales, durante la revolución de la Noria. Hombre de gran co-

razón, simpático y popular. En Sinaloa se refieren muchísimas anécdotas de su vida militar y social, y sentimos no tener espacio para consignarlas aquí.

Angel Martínez.—No tenemos datos sobre la vida de este general republicano. Era uno de los jefes más adictos á Corona, y no principia á figurar en la historia sino hasta en la época de la intervención.—Tuvo muchas acciones de guerra en que se distinguió por su valor, y su campaña sobre Sonora fué una serie no interrumpida de triunfos. Ha sido candidato para el gobierno de Sinaloa, senador de la República y jefe de la 1.ª Zona Militar durante la campaña del Yaqui. Vive ahora en Colima entregado á las labores del campo.

Gaspar Sanchez Ochoa.—Ya conocen nuestros lectores el épico episodio de la *Gordelliere* y la transitoria administración del general Sanchez Ochoa en el Estado de Sinaloa. Precisa ahora dar á conocer algunos datos de su vida militar que ha sido gloriosa é inmaculada.—Nació en Guadalajara el 6 de enero de 1837 y recibió su enseñanza superior en el prestigiado Colegio de Minería. Siendo ya ingeniero se presentó en 1855 á los caudillos de la revolución de Ayutla y después de luchar en Ciudad Guzmán y Ocotlán ascendió á capitán de Estado Mayor. Tomó parte en la campaña de Puebla, defendió la constitución en Perote y Veracruz y realizó proezas romancescas en el sitio que puso el invasor francés á la ciudad de Zaragoza, defendida por el general republicano Jesús Gonzalez Ortega.

Después pasó á Sinaloa y Durango; desempeñó comisiones de confianza del presidente Juárez, tomó parte en

las revoluciones de la Noria y Tuxtepec en defensa del gobierno constitucional, y acompañó á Lerdo hasta que salió de la República. El general Díaz le tiene colocado como Jefe del Departamento de Ingenieros en la Secretaría de Guerra. Vive ahora con el recuerdo de sus pasadas glorias y con la tranquilidad de un hombre honrado, provo y patriota.

Joaquín Sánchez Román.—Tenía buenos antecedentes militares, cuando apareció en Sinaloa luchando en favor de la República. Al frente del 4.º batallón de Zacatecas, que perteneció á la 4.ª División, contribuyó á la defensa de la plaza de Puebla sitiada por los franceses. En el ataque que dieron éstos al convento de Santa Inés, estuvo Sánchez Román en los puntos avanzados y mostró actividad, constancia y entusiasmo en la ejecución de las obras que formaron la nueva línea de defensa, después de la pérdida de San Javier. En los combates dados por los suavos, al asaltar las manzanas próximas á Santa Inés, casi concluyó el batallón que mandaba Sánchez Román, quedando en los escombros y entre muertos y heridos cerca de trescientos hombres. Defendió también heroicamente la Merced y el punto del Carmen.

Los servicios que prestó á la República en Sinaloa, constan en las páginas precedentes, y el Estado no podrá olvidar que fué uno de los heroes de San Pedro, y que allí ganó dignamente la banda de general.

Gleofas Salmón.—Hijo del Estado y uno de los militares que tiene mejor hoja de servicios. Principió su carrera de soldado raso y ha llegado á ceñirse la banda de general. Hizo en Sinaloa toda la campaña durante la gue-

rra de reforma y ya hemos tenido ocasión de citar algún rasgo de valor de él durante esa época. También defendió en Sinaloa y otros Estados la causa de la República, siempre con dignidad y valor.—Fue vice-gobernador del Estado en el cuatrienio de 1880-1884 y ocupó varias veces el elevado encargo de gobernador. Vive en Cosalá, en donde desempeña hace años el puesto de Prefecto.

Juan B. Sepúlveda.—Tesorero general del Estado y jefe superior de hacienda de la federación. Se distinguió por su honradez y por el prestigio y crédito que supo dar á la oficina de su cargo, en momentos tan angustiosos para la hacienda pública. Fue amigo íntimo del general Corona y quien más eficazmente contribuyó á su gloria.—Sepúlveda murió en Culiacán el 23 de octubre de 1866 de una afección hepática. Su nombre está escrito con letras de oro en la Legislatura del Estado.

También se distinguieron por sus servicios Donato Guerra, Ascención Correa, Bibiano Dávalos, Francisco Tolentino, Palacios, Parra y otros muchos que no sería posible enumerar sin repetir todo lo que consta en las páginas anteriores.

* * *

Los acontecimientos de mayor importancia que siguieron á la muerte de Rosales, fueron las operaciones militares que ordenó el general Corona en los alrededores de la plaza de Mazatlán, que se cercó con un anillo de hierro por las fuerzas republicanas. El distinguido capitán Juan Miramontes no cesó de hostilizar al enemigo con inteligencia, pericia y buen éxito, teniéndolo en constante alar-

ma y por todo el Sur del Estado principiaron á reconcentrarse los soldados de la patria, con el objeto de librar decisivos combates contra el invasor.

—Por otra parte, el general en jefe de las brigadas unidas ordenó á don Angel Martínez que hiciera una expedición á Sonora con objeto de batir á los imperialistas que se habían adueñado del Estado, y el general Martínez abrió una rápida y admirable campaña que llenó de terror á los traidores y que dió por resultado la ocupación de las principales plazas y el restablecimiento del gobierno republicano. Así correspondieron los soldados sinaloenses, á los servicios prestados por los hijos de Sonora en la guerra de Reforma, que triunfó en Mazatlán debido, en gran parte, al auxilio del general Pesqueira!

Mientras tanto, se combinaba una expedición entre el bandolero de Alica y los franceses en Mazatlán, con el objeto de destruir á Corona, y para realizar su proyecto salieron de aquel puerto el 18 de marzo de 1866, mil doscientos hombres entre invasores y traidores y avanzaron hasta Villa Unión, tiroteándose con los avanzadas republicanos. Como Lozada se movía de las fronteras meridionales del Estado en auxilio de los invasores, Corona se resolvió á batir en detall al enemigo y emprendió el ataque de la plaza de Villa Unión, que es uno de los hechos más gloriosos de su carrera militar. El combate duró dos días y el enemigo logró retirarse el día 22, siendo perseguido por los republicanos hasta el 23, en que aquel pudo colocarse bajo la protección de sus buques de guerra, no sin haber perdido en la desastrosa expedición la mitad de su gente y gran parte de sus pertrechos de guerra. Cuéntase que en

el combate del día 20, Granados y Raymon, como los héroes del poema homérico, sostuvieron un combate singular, en el cual salió herido el primero y muerto el segundo.

Lozada, por su parte, no permanecía ocioso, pues aunque por la rapidez de los movimientos de las fuerzas republicanas, no pudo auxiliar á los franceses en Villa Unión, se resolvió á operar por su cuenta y el 24 de marzo sorprendió en Guajicori al general Guzmán y después de incendiar por cuarta vez la población, avanzó para el Rosario, cuya plaza ocupó sin resistencia. Los invasores tuvieron noticia, sin duda, de los movimientos del cacique de Alica, y salieron de Mazatlán el día 30 acampando en Palos Prietos y continuando su marcha para Aguacaliente con el fin de incorporarse á los soldados de Tepic. Corona se encontraba en medio de los dos enemigos, sin poder batirlos por falta de parque; pero la casualidad hizo que se surtiera de proyectiles, pólvora y cápsulas, y habiéndosele incorporado Rubí, ordenó el ataque á Lozada, que se había desviado para Ciudad Concordia. El 1° de abril se trabó rediñísimo combate y pronto las dos plazas de la población fueron ocupadas por Rubí, que tuvo que suspender las operaciones por la obscuridad de la noche. El día 2 hubo un nuevo encuentro entre fuerzas republicanas y lozadeñas en el pueblo de Jacobo, mientras Crespo batía á los franceses en Siqueros, en cuyo punto atacaron de nuevo los soldados extranjeros el día 3, siendo rechazados hasta Villa Unión, en donde se incorporaron á las fuerzas de Lozada y emprendieron una desastrosa retirada para Mazatlán, siendo molestados

por los soldados del heroico Donato Guerra, que tuvo la temeridad de ponerse bajo los fuegos de los buques enemigos, fondeados en la rada de Puerto Viejo.

El general Corona, con su incansable actividad, ordenó una expedición sobre Santiago Ixcuintla á las órdenes del general Guzmán, que fué coronada por el éxito, y después mandó aprehender en el cabo de San Lucas al vapor mercante americano *John L. Stephens*, que traía un contrabando de guerra, bajo el amparo de la bandera imperial, destinado á los invasores napoleónicos. Mucho sirvieron el armamento y municiones allí tomadas, pues se usaron en el encuentro habido en los callejones de Barrón y en los combates sucesivos librados en las cercanías de Mazatlán, entre los cuales son dignos de mencionarse, los de la Loma Atravesada, Camarón, Urias y Venadillo, combates que tuvieron por epílogo el glorioso ataque al reducto fortificado de Palos Prietos, en donde murieron jefes de alta graduación del ejército francés y se distinguieron Granados y Salmón, así como todos los soldados sinaloenses que emularon con su valor á las más aguerridas fuerzas mexicanas.

El general en jefe de las brigadas unidas de Sinaloa y Jalisco, estrechó más y más el cerco á que tenía reducido á los invasores franceses, llegando á colocar un batallón de la Gran Guardia en la cima de la Loma Atravesada, y ordenando poco después que la vanguardia del ejército de occidente á las órdenes de Eulogio Parra y Donato Guerra, atravesara los dominios del cacique de Alica y se dirijiera á Guadalajara, al Sur de cuya población libróse la célebre y decisiva batalla de la Coronilla, que vi-

no á aumentar el justo prestigio de que ya disfrutaban las huestes sinaloenses.

La situación del puerto de Mazatlán era cada día más comprometida: el comandante militar declaró la plaza en estado de sitio; el comisario imperial decretó una odiosa contribución sobre arrendamientos, y á medida que aumentaba el descontento y el malestar del vecindario, Corona se aproximaba más al enemigo, teniendo ya el 4 de noviembre escalonada su tropa desde el Venadillo hasta Mazatlán en una extensión de dos leguas.

El enemigo que se había familiarizado con el incendio y el asesinato, apeló en tan críticos momentos á los sentimientos humanitarios del jefe de las fuerzas republicanas, suplicándole que no les hostilizara al embarcarse, pues de hacerlo, le conminaban con el bombardeo del puerto. Aprovechó entónces Corona estos instantes y el día 12 ordenó á Rubí el ataque de las fortificaciones de la plaza, el que continuó hasta la mañana del 13, pereciendo en el ataque algunos oficiales y caballeros de la legión de honor, últimas víctimas de la intervención francesa en Sinaloa!

Pero había sonado la hora en que los soldados sinaloenses recibieran el merecido galardón de sus hazañas, y en los instantes en que era más rudo su empuje sobre los bastiones enemigos, un sonoro clarín francés toca parlamento y de la línea fortificada se desprende un dragón desplegando una bandera blanca. Era el portador de una comunicación del vice-almirante de la escuadra, en la que en nombre de la vida y de los intereses de los habitantes de Mazatlán se pedía que dejásen trasladar á los france-

ses, sin ser molestados, á sus embarcaciones de guerra. La respuesta del caudillo liberal fué enérgica y patriótica; pero aprovechando el enemigo estos momentos de calma, se embarcó á toda prisa y pronto, en las trincheras levantadas por los invasores, flotó victoriosa la bandera republicana. A las cuatro de la tarde del memorable 13 de noviembre de 1866, las fuerzas nacionales entraron á la población entre las aclamaciones de un pueblo agradecido que veía en aquellos harapientos soldados á los esforzados defensores de su independencia, que habían realizado hazañas inmortales y habían sufrido resignados muchas privaciones que la patria debía recompensar dignamente. El general Corona y sus jefes y oficiales fueron objeto de entusiasta ovación, y las principales señoras de Mazatlán ciñeron de laurel las frentes de aquellos guerreros y colocaron ramilletes de flores en las bocas de los fusiles de los soldados. La entrada triunfal del ejército republicano tuvo lugar por las calles principales del puerto, y después que el general en jefe hizo algunas maniobras frente á los buques enemigos, que hasta el siguiente día se hicieron á la vela, desfiló en el mayor orden para sus cuarteles.

En ninguna parte se opuso á los franceses mayor resistencia que en el Estado de Sinaloa y en ninguna parte fueron objeto de mayores desprecios. Se refiere que recibieron numerosos desaires con motivo de los alojamientos; que hasta las mujeres y los niños les hostilizaban y que las puertas de la buena sociedad estuvieron siempre cerradas para los jefes y oficiales. En alguna ocasión se había invitado á las principales familias á un baile, y encontrándose las señoritas en el salón no podía principiar

la fiesta por falta de música. El comandante Jorge Carmona manifestó que no quedaba otro recurso que pedir una música militar al jefe francés que mandaba en la plaza, y éste accedió siempre que lo invitaran á él y á algunos aristócratas oficiales de la guarnición. Carmona aceptó; pero presentarse los invasores en el baile y salir del salón todas las familia, fué cuestión de instantes, y lo más raro que las que iniciaron este acto patriótico fueron nada menos que las hijas de algún militar que había reconocido el Imperio.

El malestar y los disgustos que sufría el jefe militar de las fuerzas invasores aumentaba día á día y su permanencia en Mazatlán se hacía ya imposible. A principios de octubre sopló en la costa el cordonazo de San Francisco, que echó á pique un buque de la escuadra francesa, é irritado por esto el comandante de la plaza, exclamó en mal español, en un momento de desesperación suprema:

—*Caramba, en esta tierra hasta Dios es chinaco!*

Hoy estas frases deceptivas son un blasón para Sinaloa, que fué llamado por Juárez el *Estado Mexicano sin mancilla*. Y si la entidad federal mereció, con justicia, tan honroso calificativo, es acreedor á él también el héroe inmaculado en quien se encarnaron las aspiraciones populares de aquella época tormentosa. Para dar á conocer esas glorias sinaloenses y la vida del ilustre general Rosales, se escribieron las páginas de este libro.

FIN DE LA OBRA.

INDICE

Páginas.

CAPITULO I.—1827 á 1856.—ENERO á DICIEMBRE.—Introducción. Programa de la obra. Noticias contradictorias sobre el nacimiento de Rosales. Sus padres y su educación en el Seminario de Guadalajara. Elocuentes palabras de Rosales sobre la enseñanza clerical. Rosales no hizo la campaña de Texas. Impugnación á la obra del Lic. Buelna. Rosales sienta plaza de soldado raso y combate en la frontera contra los americanos. Palo Alto. La Resaca y defensa de Monterrey. Se retira Rosales del Ejército. Se dedica al comercio y al periodismo. Impugnación al Ensayo histórico del Ejército de Occidente. La revolución de Ayutla. Rosales ayudante del Gral. Uruga. Réplica al Lic. Paz. Rosales como poeta. Juicio crítico de los Señores José María Vigil y Juan B. Hija y Haro, sobre las producciones poéticas del General Antonio Rosales. Fin del capítulo.....	7
CAPITULO II.—1856.—ENERO á MAYO.—Verdugo aparece de Gobernador. Rosales es llamado de Choix y nombrado Oficial Mayor del Tribunal y Secretario del Gobernador. Reorganización de Sinaloa. El <i>Estatuto Orgánico del Estado</i> . <i>Historia natural</i> de la sociedad sinaloense. Entusiasmo del pueblo por la causa de la libertad. La Guardia Nacional. El Consejo de Estado. Nombres de las personas que lo formaron. Deja Verdugo el Gobierno y marcha á Mazatlán. Objeto del viaje. Invitación de Haro y Tamariz al Gobierno para que se una al <i>Plan de Zacapoaxtla</i> . Contestación negativa. Sinaloa acepta entrar en la coalición de los Estados. Vidaurri y Degollado. Regresa Verdugo á Culiacán. Rosales es nombrado Secretario de Gobierno y director del Periódico Oficial. Sus trabajos oficiales y periodísticos. Reseña histórica de la República desde Abril de 1853 hasta Mayo de 1856. Fin del capítulo.....	21
CAPITULO III.—1856.—MAYO á SEPTIEMBRE.—Facultades dadas de Rosales. Sus trabajos en Sinaloa. Dificultades con el gobierno de Durango. Paso de tropas á Temazula. Acusación de Manuel Retamosa. Un artículo de Rosales sobre el particular. Verdadero aspecto de la cuestión y pretensiones del go-	